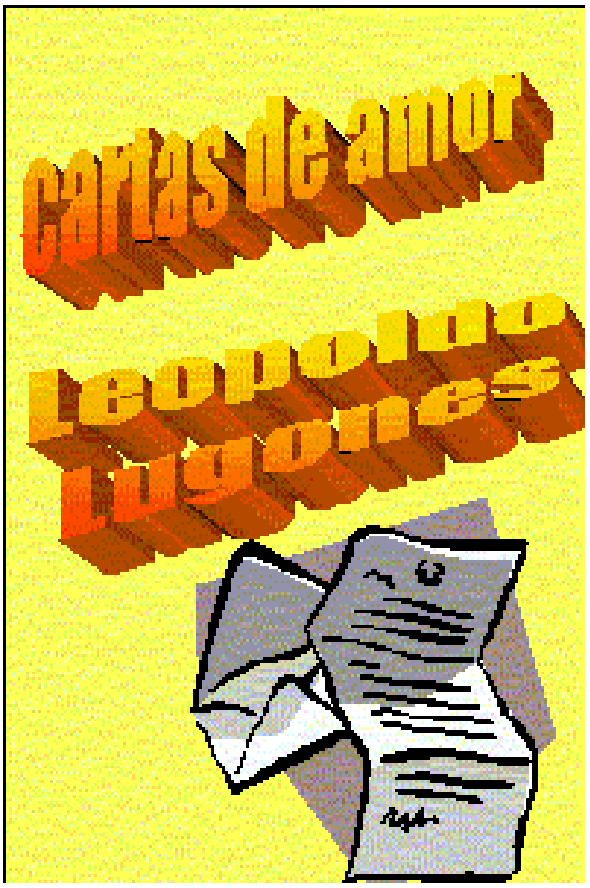
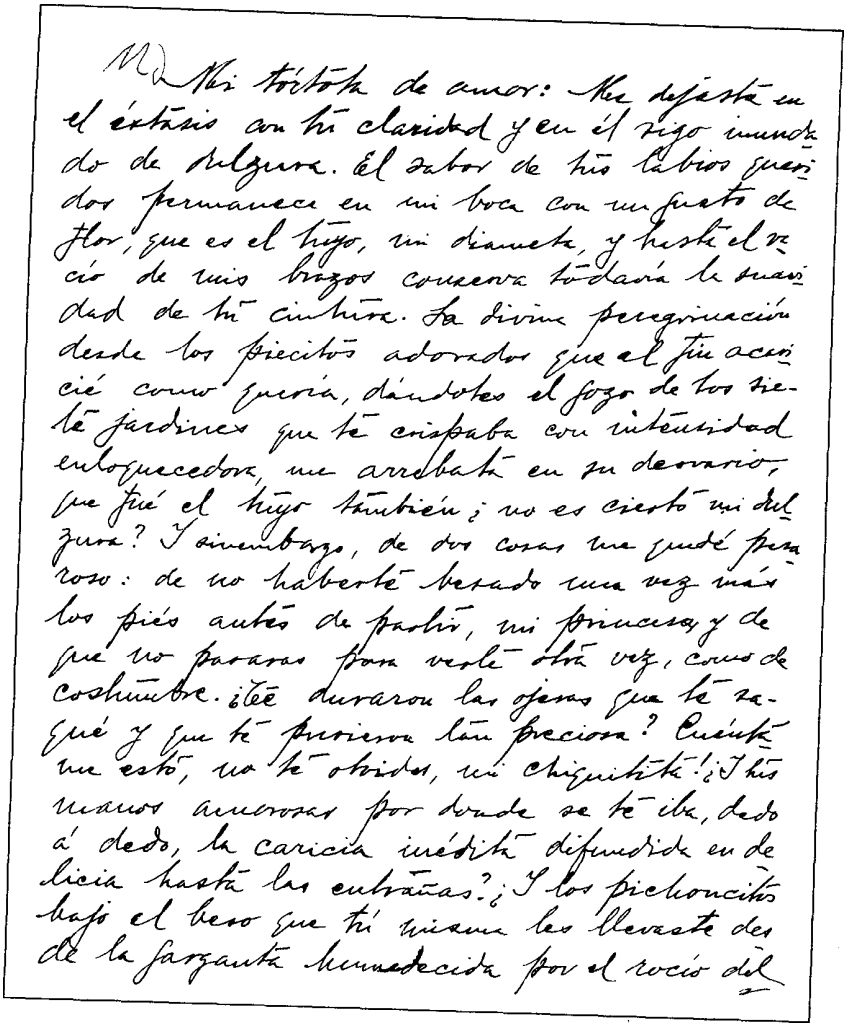
LIBRO dot.com

CARTAS de AMOR

LEOPOLDO LUGONES



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com



Mar del Plata, enero 17 de 1927

Mi amor adorado:

Ayer domingo á medio día recibí tu cartita preciosa. Todo anduvo pues, perfectamente, como te lo había asegurado, y así continuará. Cuánto y cuánto te quiero, mi dulzura lejana. No hago ni he hecho más que recordarte y padecer con tu ausencia, y así será, querido amor, hasta que vuelta á verte. ¿Cuando?...

Esto es, en realidad, cuánto tengo que contarte, fuera de mi aburrimiento que tan poca novedad ofrece de suyo. Solo una observación que corresponda á cierta advertencia de mi bien amada: las mujeres lindas han dejado de existir acá. No hay una sola, ni siquiera para comparar. Y el mar y la luz, que suelen ser tan hermosos, tampoco valen nada. Ahora son mucho mejores las polvaredas y los mosquitos de Bolívar. Quién estuviera allá. Quiero que me diga ella que está muy preciosa y que se pondrá mejor porque no debe olvidar que el tesoro es ahora ajeno. ¿Cierto

mi chiquita?

Me alegro del sobresalto sin consecuencias que causó la tarjeta. Claro que los dioses protegen nuestro amor. Por esto no hay que oír á los diablillos malévolos, sino al ángel creado en la luz por nuestros suspiros, nuestras caricias y nuestros besos. Con todo, me interesaría saber qué dijeron los diablillos para pegarles una buena paliza.

Amor adorado, beso todos los días tu retrato y tu rizo, con tanta tristeza ¯y tanta dicha a la vez... Dime mucho que me quieres, mi dulzura, y piensa que nunca, nunca, me querrás más qué yo á tí

O. de P.

Mar del Plata, enero 29

Amor de mi alma:

Nunca te he querido más ni me he sentido tan bien amado por mi Aglaura preciosa, como al recibir la tuya del 25, cuyos cargos injustos habrás apreciado ya si, como espero, has recibido á tu vez todas las mías. Resulta, para nuestra dicha, que tuvimos la misma idea de escribirnos sin esperar respuesta, aunque yo tuve la ocurrencia primero, como debo hacerlo valer, puesto que mi ángel duda de mí, ofreciéndome ser capaz de algo tan horrible como separarse y dejar de verme. Eso sí que es ser mala, y yo no se lo digo á mi chiquita adorada, porque ella no puede ofenderme aunque quiera porque yo la quiero más. Dulzura, mi dulzura, para qué torturarse proponiéndose lo que no ha de ser... ¡Cómo vas á dejar de quererme, cómo vas á abandonarme si bien me quieres! ¿Qué dice á esto el corazoncito precioso? Por la manera como te escribe tu Leopoldo, puedes inferir la parte literaria que toma en nuestro amor. Leopoldo Lugones. Nuestro amor, mi vida, nuestro amor así, eso es toda la poesía. Oiga el ángel dulcísimo lo que salió ayer del alma, y el estado en que la encontró hoy su carta que tiene por llegar con retardo por la vuelta que dá, y porque viene certificada desde Buenos Aires.

Preguntas a la hoja seca

¿Dónde estará el viento
Que aquí te arrastró?

¿Dónde estará el árbol
que te perdió?

¿Dónde estará el nido
Que verde te vió?

¿Dónde estará la dicha?
¿Dónde estará el amor?

Te adora hasta la muerte tu

Leopoldo

Mi tórtola de amor:

Me dejaste en el éxtasis con tu claridad y en él sigo inundado de dulzura. El sabor de tus labios queridos permanece en mi boca con un gusto de flor, que es el tuyo, mi diamela, y hasta el vacío de mis brazos conserva todavía la suavidad de tu cintura. La divina peregrinación desde los piecitos adorados que al fin acaricié como quería, dándoles el gozo de los siete jardines que te crispaba con intensidad enloquecedora, me arrebata en su desvarío, que fué el tuyo también ¿no es cierto mi dulzura? Y sin embargo, de dos cosas me quedé pesaroso: de no haberte besado una vez más los piés antes de partir, mi princesa, y de que no pasaras para verte otra vez, como de costumbre. ¿Te duraron las ojeras que te saqué y que te pusieron tan preciosa? Cuéntame esto, no te olvides, mi chiquitita! ¿ Y tus manos amorosas por donde se te iba, dedo a dedo, la caricia inédita difundida en delicia hasta las entrañas? ¿ Y los pichoncitos bajo el beso que tú misma les llevaste desde la garganta humedecida por el rocío del lirio que es tu œtro?. Me he repetido tantas veces tus palabras de deliciosa locura! He vuelto tántas al sitio donde la leoncita me devoraba hasta morir, para darle mi sangre, mi vida, mi desesperación, mi locura, todo! Nunca te ví tan preciosa, tan amante, tan dueña de mi amor. No dejes mi vida de contarme tus recuerdos como yo lo hago. Hazme feliz otra vez con lo que me digas. Dámelo todo, mi gacela, mi llamita encendida. Cuéntame las soledades del jardín de tus brazos. Y no llores, no te acobardes, no temas. Guárdame una cintita como tú sabes, después de varias noches, á la hora de nuestro amor. Esta vez no sé ni quiero hablarte sino así, envuelto por mi madreselva, sediento de mi ánfora de plata. Con mi boca pegada á la tuya, á pesar de la distancia, uno contigo hasta la muerte como entonces, como siempre, hasta la eternidad. Toma otra vez mi vida, mi sangre, devóralas mi alma, palpitante de agonía como te ví, como te acaricié, dueña de tu m. que te desea más que nunca, extenuado, moribundo de tus caricias.

XI, 8.
Leopoldo

Mi única vida:

Las palabras que me mandas saltear fueron precisamente las que me causaron más dicha y más dolor. Fuí allá y me estuve soñándolas mucho tiempo. Y durante ese rato fuiste una callada y misteriosa flor en el hueco de mis manos vacías. Pero tú no lo quieres y tú eres la reina. Mi reinita adorada que tan deliciosamente sabe hacerme sufrir. Porque sabrás que la crueldad de tu amor es y será mi delicia más intensa. Ya no aspiro sino á cubrir de besos la tiranía de tus piecitos queridos, y así lo hago con la imaginación aunque estás distante. Padecer tu posesión me es ahora más dulce que gozarla. Chiquita querida, garcita de plata, golondrinita de oro, tortolita de seda, nunca imaginarás lo que vale como perfume del alma este dolor que me queda, único, de las palabras con que me daba en tí, un delirio, mi pasión, mi sangre, mi tortura, mi agonía...

No fué apremio del tiempo sino del corazón lo que me hizo saltear el tu querido de los

versos. Mejor, porque así los corregiste como otras veces, y ahora te pido que también como ésas, hagas de ellos tu tapiz de flores. Qué vértigo me abisma, sólo al recordarlo. Algunos me que dan, para besar, con eso tuyo. Y en los labios el sabor de tu miel.

Como no quiero que esta abulte mucho y vaya así á perderse, dejo para otra lo referente á teosofía. Se me fue todo el papel en cariños, y al fin es mejor, aunque achiqué la letra. Tampoco firmaré, aunque lo haría con mi sangre. Te suspiro hondo y largo, hasta la agonía, mi amor, mi mujercita, mi pichoncito, y beso uno por uno, lentamente, tus deditos queridos.

O. de P.

Mi adorado amor:

Ninguna razón tienes para escribirme como lo haces, y creo que mi carta, escrita y enviada antes de la tuya, te habrá explicado lo explicable en un estado como el mío. La inicua maldad que padeces te ha inducido á tan tristes reflexiones, pero esto no quita que mi desesperación te acompañe más profunda en la impotencia de remediarla. Ya sólo puedo y sé quererte como tú quieres, aunque no lo creas; mas, en lo que no te engañó tu cariño, es en sentirme enfermo, por más que sea de tí, y con esto me infunda una dolorosa delicia. Pero en lo demás te equivocas y ves visiones. Así cuando dices que yo te aconsejé romper mis cartas. Ni pensé tal cosa. Lo único que te dije era que yo podía guardártelas. ¿ Te acuerdas, mi chiquita? ¿ Y qué pudiste ver de frío en los versos que te envié? Los hice y lo hice como me salieron: del alma, aliviada un instante por tu consuelo que no dura. Mi amor, mi único eterno amor: sufres y esto me mata, pero no la indiferencia que me atribuyes. No, nunca, mi dulzura, y menos después de haber vuelto á verte tan preciosa y delicada, tan dulce y tan fiel. Ayer mientras iba del Círculo d La Fronda, tenía tanto deseo de verte! Me parecía á cada instante que serías una de todas; y todas eran feas, vulgares, tontas, cursis. Y la primavera se quedó triste sin su golondrina. No hablé por teléfono en vista de lo que me dijiste relativo a sospechas. Tú misma acabas de confirmarlo con tu carta. Ayer y hoy estuve lleno de gente y no pude ni concluir la poesía que te mando. Ojalá tenga más fortuna. Que si la tiene, te dirá en otra lo que quiere ahora volcárseme del corazón. Esta no lleva más que explicaciones d semejanza de la tuya, no menos adorada por eso. Aglaura, mi Aglaura sin sombras, mi luz, mi alma querida y luminosa en tanta tiniebla: te adoro, mi chiquita, te adoro á morir.

Leopoldo - agosto 25.

[IDEA DE SUICIDIO]

Mi amor adorado:

Parece que no concluye nuestro calvario. Ayer, la mala noticia de la enfermedad de mi tortolita, me dejó tan anonadado que no atiné á pedirle permiso á la buena amiga Isabelita para pedirle que me diera nuevas de mi amor. Y con tal motivo pasé una noche atroz, deseando por primera vez acaso saber llorar para quererte así con pasión más honda. Todavía faltaba esto á mi interminable tragedia. Pero á qué decírtelo ni quejarme. De todos modos, sin tí, marcho en la

noche y hacia la noche. Más sombra no vaya á aumentar mi negrura. Tan profunda, mi amor, mi único adorado amor. Si vieras...

Todavía rengueo, y apenas salgo para la Biblioteca; pero acá, al menos, tengo mi soledad, nuestra soledad, tu imagen, tus regalos de princesa generosa. Y puedo, aunque sea en imagen, besarte, hablarte, mimarte, querida mía, querida de mi alma. He besado mucho allá donde ponías tu cabecita adorada, tus piecitos queridos. Y nada más de esto, para que no creas egoísmo del deseo lo que es ansia loca del corazón. Pero lo que no admito es que te enfermes. Tengo la impresión de que te has buscado esa fiebre haciendo desarreglos en el Club, en la pileta seguramente. Está mal si fué así. Acuérdate siempre de que á la hora de éstas yo no estoy vivo todavía sino porque tú lo quisiste. Porque me quisiste, mucho, sin duda, pero no más que yo. Eso no, no, nunca, mi capullito de oro. Para qué intentar describirte yo lo que mi sufrimiento fué. Diez infiernos en uno. Y el peor, el de la impotencia causada por un accidente imbécil. Chiquitita de mi alma, mi hijita tiernita, he aprendido así á quererte con nuevo amor. No me reproches nada hasta que no me explique. No conjetures. Errarías siempre. No he dejado un minuto de ser para tí lo que fuí siempre. Mejor que antes. Verás. Ni sé lo que escribo, loco de pena con saber que sufres, en cama, ... que yo esté ahí de rodillas como debería para beberte la fiebre con el ardor de mis besos, la sed de mi alma y la suavidad de mis caricias. Acuérdate como yo me acuerdo, mi dulzura. Ya entre nosotros no hay poder que pueda borrar el encanto que supimos crear queriéndonos. Ahora voy, mi pichoncito de rosa, donde tú sabes, á besar lo que me dejaste con tu más íntimo perfume. Con el perfume de azucena que yo encontré. No quiero nada, nada más que hablarte de amor como en nuestras tardecitas, la frase es tuya, como en aquella carta de M. del P. en que me decías: quiero que me mimes y me acaricies. Te envuelvo en mis besos toda entera, arrodillado ante tí, mi tórtola de seda, mi alma, mi vida, mi dicha, mi dolor.

Leopoldo

Mi dulce tristeza:

Fué para mí tan duro el adiós con que concluía tu penúltima carta, por primera vez, que sufrí mucho hasta recibir la segunda. Ello se mezclaba con el impotente dolor ante tu injusto padecimiento y á muchas graves desazones que ahora último me han caído encima, como si el destino quisiera agotar mi resistencia que no puede ceder sin ponerme ante el abismo. Entran en ello hasta las pequeñas miserias, como en el caso de la cajita de seguridad que me perdona tu corazón generoso, pero no la melancólica imposición de mi cariño. La iniquidad de los que no tienen por qué aborrecerme, sino más bien al contrario sigue haciéndome su presa. Ya no me queda sino el consuelo de soñarte, evocándote como la última vez, mi golondrina adorada que partió. Para siempre?... No, no, mientras conserve en mis labios tu dulzura. Ella es mi tesoro, aun á pesar tuyo; y aquel gorrito, y todo cuanto traías de la época feliz han quedado para siempre en la capilla de las peregrinaciones. Allá mismo donde estuvieron tus pies, pongo cada día mis labios. Si vieras con qué doloroso encanto, mi suavidad, mi gracia, mi perfume! Cuando salgo del Círculo, que es siempre un poco más de las 7, persigo, aunque siempre fué vana, la ilusión de encontrarte. Y te pienso siempre á las horas que me dices, sediento de la dicha que no puedo abolir aunque me lo exijas, porque la pantera ruge y me muerde en lo más hondo de las entrañas. ¿Para qué eres tan preciosa entonces, mi llamita que yo encendí? Para qué me regaló tu boca la inefable agonía? No me mandes, mi amor, que deje de sufrir esto. No puede ser. Lo que el otro

día sentí vibrar era tu vida entregada en mi boca. Princesa, mi princesita adorada: dame tus piés á besar. Los quiero, los adoro á morir, y no existo si no en el ansia de besarlos. Qué dulce y tierna eres, mi garcita de plata mi pichoncito de oro. Y si te tuviera aquí una vez más, otra y mil te devoraría. Para que serías mi leoncita si yo no fuera tu león? Escríbeme siempre que puedas. No hay ningún inconveniente. Y dime si tampoco lo habrá de aquí para la noble amiga que á veces ni recuerdo por ocuparme sólo de tí Las separaciones de la canción no tienen designación propia. Son, si alguna ha de dárseles, variaciones semejantes á las de la música. Esta vez no va ninguna otra, porque tendría que ser terrible y tú no lo quieres. Mi amor, mi amor, te equivocas. Nunca soy más tuyo que cuando me matas. El ser de pasión que eres tú también, exige sangre, mi vida. Esto es nuestro infierno y nuestro cielo, mi dolor. Es decir, todo. No esperes que me contenga ni calle nada. No lo haré Te adoro y te deseo como á un ángel y como á una leoncita, con su melenita dorada por aquel ardiente rayo de vida y de sol. Me hablas de tus cargos que según dices sospechaba yo. Qué dolorosamente feliz me hiciste con ellos. Cuando nos veamos otra vez, no podrás hacérmelos nuevamente. Es que, mi vidita, mi criaturita, mi amor habla mejor que tú. Y tan perturbado estoy, que ni sé lo que te escribo. Necesito tu remedio, quiero tu vida agotada hasta la extenuación en la mía que busca darse lo mismo. No me hables de ello si no quieres; pero yo si lo haré Mi llama es tu llama, y mi dolor tu dolor, y mi delicia tu delicia. Sufro bárbaramente de... en tí, y es así como más te quiero. El beso de mi amor, de todo mi amor, te muerde, mi alma hasta la agonía.

Leopoldo - Setiembre 5. 79

Mi amor, más adorado que nunca: las dos cartas, ó mejor dicho comunicaciones que vas á recibir, te dirán mejor que nada que no tienes razón. Ya verás por qué retuve la del lunes. Los versos te expresarán cómo al simple anuncio de que iba á tener noticias tuyas, renació la poesía. Casi alegre como verás. Tanto es verdad que reinas en mi existencia. Lo del teléfono es sencillo. Cómo podía yo saber que no iban á oír lo que hablábamos? Pero, de hoy en adelante, háblame y te responderé. Si yo tampoco quería otra cosa. Es que con este sistema de comunicaciones, siempre estaremos expuestos á parecidos equívocos. Y bien: basta. Quiero verte. Debo verte. Háblame. Qué me importan las viudas parlanchinas? Ni cuándo he querido decirte lo que me atribuyes? No ves que tu corazoncito adorado y herido te hace ver lo que no existe? Te adoro, te adoro á morir, mi alma. Yo tampoco puedo más. Mi próxima te dirá todo lo que ya no quiero seguir callando. Déjame que como en esas tardes me muera de amor entre tus labios queridos. Tus labios que devoraría mi amor, mi sólo amor, hasta la sangre, hasta la muerte.

Leopoldo

Mi dulzura más que nunca adorada: Estoy muy pesaroso con tu silencio, y sin saber si recibiste los versos en que glorifiqué aquella reaparición tan celestial y heroica de la golondrina azul que quiso reabrir con divina generosidad el cielo de la dicha soñada. ¿Qué ha podido pasar ó pasa? No me queda sino la angustia de conjeturas probablemente fantásticas. Resisto la tentación

de acogerlas, porque nada hubo en nuestro encuentro que pudiera ofenderte, ni me reprocha el cariño ninguna falta -diré así- que no fuese, acaso, de premura por la brevedad de los momentos ó de angustiosa alegría y explicable turbación de conciencia ante la adorada aparición. Habían pasado tantas cosas tremendas en mi soledad, que el alma me ahogaba hasta cohibirme con la turbación de aquellas primeras horas en que sólo sabía adorarte como á una luz, embebido en tu encanto hasta el extremo de no desearlo siquiera. Nunca te ví tan linda y tan clara y nunca tampoco te quise tanto. Sería por eso, talvez, que estuve necio ó estúpido, sin acertar á expresarte lo que hubiese querido. Por esto no te mandé más que versos de celebración, sencillitos, pobrecitos, como me vinieron del corazón, á la espera de una palabra tuya, nunca más necesaria. ¿Por qué me la has negado? Reproches que fueran, los necesito de tí, porque mi soledad se ha vuelto más triste y más profunda. Los espero con el ansia de una sed realmente mortal, si sólo eso mereciera de mi Aglaura única y eterna. Unica y eterna, aunque no lo creas quién sabe porqué Por qué?... Este soplo de primavera que vuelve sin tí, me llena de oscuridad y amargura. A pesar de las apariencias, necesito más que nunca tu consuelo. Estoy triste de tí hasta morir, y sólo después de haber vuelto á verte, comprendo que eres más que nunca mi vida, mi amor, mi esperanza, mi ternura, mi dolor, mi todo.

Leopoldo - Agosto 19.

(CARTA DEL 26 DE SETIEMBRE DE 1927. Alude al duelo. Se trata del que tuvo con Rodolfo Quesada Pacheco y cuyos padrinos fueron Enrique Mosconi y Alonso Baldrich.)

Mi único amor, mi adorada eterna: Ante todo ¿de dónde saca el pajarito de oro que yo le haya dicho que no nos viéramos durante el mes y que no quería que pasara por el Círculo? Si estoy seguro de no haber expresado eso y de haber pensado todo lo contrario? No te lo dije en mi carta última y no es por ello que las tardes de mi trayecto por Florida hasta La Fronda, me vuelvo todo ojos ante la siempre frustrada ilusión de verte?... Acaso, mi vida, porque no lo merezco. El lunes me fuí temprano del Círculo, porque la propensión á la gripe que desde aquel ataque me quedó, se reproduce á cada enfriamiento con inquietantes conatos á los que, claro está, no son ajenos mis muchos afanes y continuo disgusto que ya no remedia la primavera interior ni la delicia de las flores que se marchitaron, aunque con todo es aún tan delicada su hermosura. Con Aglaura se fué la luz y mis noches, sobre todo á aquella hora que tú recuerdas y que yo nunca olvido, son más oscuras y tristes. Un continuo dolor sordo me aqueja, moral y corporal, de suerte que el remedio es una caridad más dulce de tus manos queridas. Y sólo me queda el consuelo de saborear larga y hondamente el beso con que enfloré tus piés, siempre reinantes sobre mí con la posesión de tu delicia. Y de ahí reanudo con desgarradora viveza la dulzura de la peregrinación. Y así vuelvo á envolverme en tu seda, en tu fragancia, visitando uno por uno el encanto de los siete jardines. ¿Duermen los pichoncitos en su nido de azahar? Palpita siempre llena de rocío la azucena. Hay una camelia para el invierno en el nombre amado y lilas para la primavera, y gacelas dichosas porque viven ahí, y una dulce música que dice mía, y la diamela que yo supe encontrar cosechando flores. ¿Para qué las guardas, mi amor, en la soledad y en la ausencia? Yo también te recordé mucho el 21. El sábado 24 hubo un llamamiento telefónico que me dejó muy triste. Corté, a pesar de mi creencia, porque suele ocurrir que llaman para barbotar injurias imbéciles que es mejor no autorizar por engaño. Sobre todo ahora, con motivo del duelo. Creo que, por fortuna, eso concluyó ahí, con la fuga de un cobarde más como todos los de la traición y el odio. Háblame cuando quieras, ya te lo dije, y ven cuando ó mejor dicho en cuanto puedas. Tengo más que nunca sed, devorante sed de tus caricias. De sentirte agonizar bajo mis besos, de oírte

gemir como una garcita herida, de beberte hasta la desesperación, dulzura de mis ansias, ánfora de mi sed. Quiero tu sangre y rendirte la mía extenuado por tus labios hasta las entrañas derramadas en ellos. No me agotes más en sueños estériles. No te pido más que tus pies para empapártelos de besos, si es todo lo que quieres darme. Mira cómo estoy mi amor, toma lo que es tuyo...

Vuelvo de mi vértigo, con el nudo apretado como si tus manitas queridas lo cerraran hasta morir. Bajo apariencias de consideración, peores que el odio, éste me rodea también aquí cada vez más, en una infame asechanza de todos los días. Quieren hundirme á toda costa, lo siento, lo veo, y sólo puedo confiar ya en mi propio resguardo. Es la noche negra, total, sin más consuelo que una estrella lejana. Por que así?... Tú ves bien, mi ternura. Tu amor me custodia, y en tu infinita nobleza, por eso me quieres. No es sólo el deseo lo que habla en mí Es la salvación. Quiero verte y adorarte mi vidita!

Aquella persona fue infiel con tu confidencia. Habló entre canallas que se portaron tal cual. Como sucedió con aquel militar á quien calumnió -recuerdas? Pero nuestro amor triunfará de todo. Sobre nosotros vela el destino desde la eternidad. No guardes un silencio tan largo. Tu carta al contrario de lo que dices, me parece muy cortita. Será por lo preciosa, como tú, mi chiquita adorada, porque nunca -me escribiste una mejor ni que me hiciera quererte tanto. Cuando vengas, tráeme una florcita como las de hoy, pero que haya dormido al rocío en el jardín. Consagra con tu caricia la azucena y piensa que mi beso te devora hasta consumirse, mi panterita de oro, mi mariposa de seda, mi abejita de miel.

Leopoldo - Setiembre 26.

Amor de mi vida: Contesto ahora realmente tu cartita preciosa. Las mías se espacian un poco por no insistir y cargosear, como fácilmente habrás de ver. De esto se trata y no de ninguna teneduría de libros. Tú que eres princesa, mandas como tal: pero yo no soy más que un pobre hombre que tiene -¿tiene?- un ángel. Mi dulzura, mi tórtola querida! Haré por A. cuanto pueda en lo poquísimo que esto es. ¿No ves, mi amor, que ni verte puedo?... Y nada está lejos, sin embargo. Y todo es tuyo. Hasta la eternidad. Ni hablar quiero de tus dolencias. Esto es sencillamente horrible en nuestra situación. Más vale así que todo pasara. Pero, con todo, el delirio me habría hecho dichoso. Es, por otra parte, mi estado natural, porque la fiebre me devora. Sólo, mi vida, cuando tú eres mi bien y mi mal. Todo. Y en cuanto á tus ojos - si no hago más que verlos! Y ahora es el caso de que les envíe remedio yo también. Lo quieres? No te olvides de la cintita. Necesito anudar más que nunca el ramo de lirios. Y después... Tu carta llegó en perfectas condiciones. Se ve que el método es bueno. En cuanto á mis cosas, nada hay que pueda interesar en ellas fuera de tí misma. Porque tú eres la vida, y lo demás pasa sin dejarme recuerdos. Te veo tan preciosa como tú misma te has descrito sin querer. Pero yo lo haría mejor, porque sería con todos los detalles de la peregrinación, largos, largos. La tarde está gris y helada como la ausencia. Pero en mi boca persisten á la vez la tibieza de tu suavidad y la frescura de tu rocío. Un sabor de azucena que se deshoja palpitante de amor Y un arrullo de pichoncitos. Donde están? Cómo están? Te mando la sangre de mis entrañas, mi leoncita.

Leopoldo -Julio 18.

[SEGUNDA PÁGINA SUELTA]

... Ahora, por lo que me observas y refutas: Pero si el llamamiento es tuyo, mi chiquitita! Si es la primavera que tú eres lo que habla en tí con sus mimos y sus arrullos. Si es que el ángel quiere sus alas y la tórtola sus cariños; la sed su rocío, y sus ajorcas los pies; la garganta su collar y las manos -tus manitas, mi amor!- su cetro! Tus manos intensas, enloquecedoras, dulcísimas de estrechar y de libar como flores, dedo por dedo. Nada te enloquecería tanto, mi amor, como esas caricias. Así rendías á tu fiera rugiente, hasta devorarla tú también, mientras la melenita se doraba con el rayo de sol en el vértigo quemante que sentías venir: toma mi vida, mis entrañas, mi sangre! Y aquel punzante dolor de la tarde terrible, y tus palabras extraviadas en que también rugía la tormenta bárbara que lleva, sinembargo, al cielo: ¿tú eres mi... ? ¿ Yo soy tu... ? Qué rico es... palpada, libada, hasta derretirte los pichoncitos y empaparte de delicia suprema.

No hay en el Círculo ninguna contraorden, ni aquí tampoco. Pero es mejor, aquí, llamame á nombre de la fantástica señora de Smith, en vez de hacerlo directamente como antes. No por cavilosidad ninguna, sino porque es mejor para tí misma.

Te espero, mi gacela, mi garcita de plata, mi golondrina del gorrito negro que quiero ver. Te devolveré entonces, no, te mostraré, la cinta empapada. ¿Cómo estabas calzada cuando la tuviste? Ya sabes que quiero evocarte toda de la cabeza á los pies, mientras llegue la hora de comértelos á besos. No, no quiero verte sino conmigo. Estrechar tu cintura y electrizarla hasta gritar. Beber de mi ánfora. Te adoro, te adoro á morir; quiero volcar en tí mi ser entero; beber de mi ánfora. Siento tus manos, tu boca, tu delicia en tu cinta, empapado ya de tu amor que viene á cosechar sus lirios, querida, querida mía, te espero ya. No tardes.

Leopoldo

No iré á la conferencia del J. Club.

Mi dulzura: Una gripe, probablemente preludiada por aquella delgadez que en El Círculo me habías notado, y que era la expresión de un gran cansancio precedente, me retuvo casi una semana acostado y al rededor de diez días en mi soledad, hermosa al fin por ser enteramente tuya. Excedí, pues, tu pedido, ya que el día aquél fue precisamente de los peores. **Además,** fuera de esa vida en la ausencia, ya no me interesa nada. Convencido de que esto es definitivo, me dejo morir. Hé aquí todo. No hablé en aquel funeral porque nadie me vio para ello. Creen probablemente que les estorbo, lo que es falso y necio á la vez, pero tampoco me interesa refutarlo. La renuncia de la S. A. D. E. fue en cumplimiento de la palabra que tenía dada para cuando la dejase instalada en su local, con sus muebles y su existencia en seguro. Aunque me rechazaron la dimisión, insistí. Pero no abrigo la mínima intención de ausentarme á Europa ni á ninguna parte. No lo haría, mientras, mientras... O mejor dicho, aunque no conserve esperanza ninguna. Hablar de asuntos teosóficos, como tú quieres, no es posible por carta; ni tampoco darte la significación de la víbora

que se muerde la cola. Sería demasiado largo, explicaría mal las cosas, y talvez incurriría sin querer en el charlatanismo que tantos estragos ha hecho, y contra el cual te prevenía al ponerte en guardia contra ciertas conversaciones. Yo no soy teósofo, sino acaso otra cosa que no es de escribir. Y á esto debo limitarme. Debo, por más que tú seas un espíritu de excepción, capaz de entenderlo todo sin necesidad de hacerlo, como dices, por el sendero del dolor. Tú perteneces á una región más alta y más pura. No leas los libritos de vulgarización de esas cosas. Son confusos ó vacíos. No te dirán nada. El Elogio de Leonardo no estaba aquí cuando me lo pediste, sino donde tengo guardado el tesoro que conservo de tí Ya verás que está todo, que nada enajené porque habría sido como tirar pedazos de mi propia vida. Mi posición en la pedana del Círculo es una espera. La única, la de mi esperanza que no quiere morir. Pero hasta hoy fue inútil. Y tal vez mejor, porque verte de lejos me haría sufrir tanto, que tengo miedo de pensarlo siquiera. Ya ves, entretanto, que obedezco tu voluntad de que no te escriba recuerdos terribles. No lo haré, pues, y la peregrinación será para mí sólo, allá donde tú sabes, para estrechar mentalmente sobre mis labios y mi corazón tus piecitos queridos que me niegas. Es mucho rigor, pero no tengo derecho de quejarme. Te agradecí con toda mi alma dolorosa la florcita que me mandaste. Tiene ahora un color divino que ha tomado sólo para mí Pero basta, como decías tú al llegar la hora de separarnos aquellas tardes. Tu carta llegó impregnada del perfume que le pusiste. Lo conserva y me entra hasta el alma con los besos que te doy allá donde pusiste remedio para los ojos. Y luego la acaricio largamente con aquella mano que hallaba en el jardín pichoncitos y perlas. Una embriaguez loca me invade como ahora mismo y la pantera se pone á rugir, solitaria, sedienta. Tanto, tanto mi amor! Mi único amor. Mi eterno amor... Te dijeron que la cadena se rompió? Fue la emoción que contenía ante la extraña. Yo también habría querido que la rompieras tú, y que á mí mismo me hicieras pedazos. Qué dicha habría sido. No recuerdo las iniciales que puse en aquel sobre. Sería alguna abreviatura de comedimiento. Qué decían? Cómo eran? Por qué te llamas ignorante por eso? No dijo el Dante, y con verdad, que el amor es la fuente de toda ciencia? Otra vez se ha cegado la fuente de los versos. Ya sabes por qué Hay una forma de dolor, por decirlo así pasivo, que paraliza la mente. Así estoy desde hace ya muchos días, aunque el peregrino se arrodilla ante el ara, casi todos ellos, para hacerse la ilusión de escuchar un arrullo agonizante. Allá palpitaba la tórtola, gimiendo las delicias que la hacían morir. Y los panales de miel se derretían en dulzura. Y me repito, tanto, tanto, arrodillado así, las palabras del divino extravío. Por qué me dices que no estás linda? Es posible eso? Y sé que es lo contrario. Lo sé porque te veo y tengo adentro, tan claritos tus ojos de amor, tus cejas, tu boca devoradora, tus dientes, todo, todo! Y los lirios de tu cintura suavizan mis manos. Tu cintura que yo electricé y ungí, húmeda de mi amor Perdóname mi alma.

Me muero! Escríbeme en dos sobres. El de encima habrás de rotularlo así: Sr. D. Enrique Morás - Biblioteca de Maestros - Consejo Nacional de Educación - Rodriguez Peña 935 - Ciudad. Y no seas mala. Manda me aunque sea un hilito que hayas tenido atado á tus tobillos. Yo lo anudaré. Ven mi vida, mi amor A beber mi sangre que se derrama.

Leopoldo - Miércoles 22.

Mi amor, mi vida, mi dulzura, mi dolor, mi todita: Te escribo con la cinta atada, pero no á dos vueltas, porque tu tobillo es tan fino que casi se iguala al tallo de un lirio. Y la pantera ruge

sin cesar, sedienta de tu sangre, loca por devorar la azucena y los pimpollos que la regalaban. El rocío ha llegado hasta mi alma, húmedo de mis besos, libado por mi lengua que se anudaría con la tuya hasta morir en un derrame de perlas. Te acuerdas, mi encanto? Yo también he sufrido mucho durante las tormentas y el aguacero, más de una vez, me empapó sin calmarme nunca. He repetido tantas veces la peregrinación, y he recordado tanto las lecciones -te acuerdas, te acuerdas mucho mi leoncita? Y el paseo del rey entre las azucenas de la princesa?

No voy a entrar en polémica contigo. Todo lo que tú dices es jus to, noble y bueno. Pero, es que las panteras razonan? Es que ahora, después de tu car-... [1] estamos para raciocinios? Cómo lo haría poseído por aquella divina ebriedad, por aquellas ansias en que nos volcábamos hasta el extravío. Rugidos de amor -te acuerdas?- ahogados en suavidad de leche y dulzura de miel que nos dejaban su sabor en la boca y en las entrañas. Juegos locos que enredaban tus pies con lirios y besos, mordedura que florecía luego en violetas sombrías, caricias profundas que te extenuaban con ojeras de divino desvelo. La olita tibia y fragante que encerraba perlas. La llamita que martirizaba tan intensa. Los pichoncitos cuya sangre devoraba el halcón en jugo de rosas. Las siete delicias y las cinco abejas palpitantes en el pistilo delicioso. Ponte á lo menos estas palabras mías en que se me está viniendo el alma allá donde guardes mejor la delicia que supe darte. Qué delicia mi ternura... Gota á gota te la voy dando como ves. Esta carta es para tus ojos y tus labios. Te adoro mi alma y me muero... me muero!...

Mi joyita: No querrás creerme, mi amor, si te digo que desde el jueves no he tenido un minuto de tiempo para escribirte; pero el cambio de autoridades acá, en la persona de los amigos que han vuelto y la situación de Rómulo que he debido arreglar, me ha tenido casi constantemente en la presidencia donde las visitas de congratulación toman casi todo el tiempo. Allá me encontraba cuando tus dos primeros llamados, y después ausente con motivo de las complicaciones á que, como habrás visto ha dado lugar el fallo del jurado de letras. Debí concurrir con tal motivo á la S.A. D. E. donde daba también la casualidad de que Puntos[2] se recibía de la presidencia: ceremonia que también me requería allá por motivos fáciles de comprender. Te imaginarás mi desesperación y mi angustia al suponer las tuyas y lo que pudieras creer en tu imaginación siempre dispuesta al pesimismo que comprendo tanto y que es tan natural de parte de mi tristecita querida. Ayer viernes me pasé todo el día en ésa y otras gestiones delicadas, hasta más de media noche; pero de estas últimas no es posible escribir aunque te las contaré cuando nos veamos. Son mil y una complicacio nes de todo género, inclusive una judicial que, aun cuando no es mía, ha reclamado mi intervención como testigo y algo más: es decir casi toda la tarde. No quise arriesgar una llamada telefónica por lo que sabemos, aunque tanto lo deseaba, así como verte por Florida que crucé á paso de cartero, y todo ojos que por desgracia no encontraron sino á las cursilonas de siempre. Cómo ha de ser...

Esta es, pues, pobremente noticiosa, aunque su verdadero objeto es decirte que te adoro á morir, más cada vez, aunque parezca imposible mi abejita de oro, mi tortolita de seda, mi garcita de plata, mi gacela, mi perfume, mi llamita, mi vida toda, toda, en el triunfo de un amor como tú sola lo mereces. Volveré á escribirte, mi dulzura, la carta que te debo, para no hablarte sino del amor en que me ardo vivo de solo pensar en ti, mi única, mi eterna, mi delicia, mi todo.

Leopoldo. XI, 26

[1] Falta una hoja de la carta.
[2] Presidente de la SADE

Mi adorada: Tampoco quiero yo que el año se vaya sin enviarte mi saludo de amor. Todo es tuyo, y todo yo, ahora y siempre. No te escribiré, pues, como no quieres. De los otros propósitos prefiero no hablar, así como de la opinión que esos versos te han merecido. Es injusta. Mi estilo es el de siempre y otro no puede ser, pero versos de amor ya no hay más que para ti. Esto es lo cierto. Reprimiré lo que quieras que reprima, hasta que tú desates el nudo. Y si no... Si no, serás siempre mi amor, mi dulzura, mi única Aglaura querida hasta la muerte y más allá como habrás de verlo un día. Quiéreme también como yo, para decirlo con tus mismas palabras. No una, sino todas las noches vá el colibrí á tus labios. Tenlo por seguro. El les dirá á los pichoncitos lo que quieres que yo calle. Dame tus pies adorados, mi princesa, para ponerles las ajorcas que les enseñé á llevar. Te quiero, te quiero á morir, mi vida, mi sangre.

Leopoldo

Mi dulzura: te escribo en mi papel ordinario de periodista, porque, efectivamente, soy redactor del diarito donde ha creído reconocerme mi princesa, hasta que encuentre otro menos crujidor como el que tú empleas, mi alma, y que para mayor delicia me llega ahora con la caricia de tus piecitos adorados. Cuánto lo besé y con qué ansia amorosa lo rugió mi pantera. Si hubieras visto aquello, no dirías que fuiste la menos amada, como si pudiera haber más y menos en lo que es infinito. Nunca supe lo que era el amor hasta que te quise y aprendí en el tuyo lo que es la eternidad. Así vive el mío de llorarte lejana. Como á la estrella. Así me es inagotablemente precioso en su dolor el castigo que sufro sin reclamar, pero que no he merecido. Algún día lo sabrás mi suavidad, mi perfume. Ya te lo dice, por lo demás, la coincidencia que has notado en nuestro dulce pero triste consuelo. El te inspira, por otra parte, lo que llamas pésima redacción y que es siempre lo más precioso de tus cartas queridas. Por qué te preocupas de esto? ¿No ves cómo yo lo echo de lado para que hable tan sólo mi corazón sin vana literatura? Y á propósito: te escribo chiquito para que las carillas no aumenten y la carta no arriesgue alguna violadora curiosidad con su exceso de volumen. Ahora, para peor, han restablecido la censura en el correo y abren allá toda mi correspondencia. Tendremos que seguir abusando de la buena amiga. No hay más remedio. Ella me dijo que estás muy linda. Qué duda cabe. Pero esta noticia fue cruel. La noche floreció en sueños lirios dolorosos que habían debido derramarse en tus manos. Lirios y azucenas son lo único que hay para amansar panteras, no para matarlas porque son inmortales. Así decían los devotos del Perfecto Amor. Pero todo esto ¿ de qué sirve ahora? Temo dejarme llevar por el vértigo que me posee. Perdóname. Es el mayor sacrificio que te hago. Tus dos palabras de posdata el domingo, son para mí terribles. Te acuerdas de esta palabra que fué tuya?... Que fué?... ¿Y si un día te llamara con un grito incontenible? ¿Y si aquella boca que te besó hasta la agonía y que gozó tus pies salpicados de amorosa escencia, volviera, volviera á ...No eran míos hasta el martirio los pichoncitos de la tórtola, y toda su seda y toda su miel?

Cómo has podido suponer que regalara los libros que dejaste! Aquí están, siempre, siempre. Y no fueron sino dos. El Elogio de Leonardo que vino en tu cajita, y el de los ***Poemas Solariegos*** que nunca quisiste llevar. Y tus pañuelos, tus guantecitos, tus flores, tus cintas que anudo fuerte, fuerte, con la ilusión vivísima de tu posesión boca con boca como fué y es: devorada hasta la muerte. No me hables más de traición. Nunca la hubo. Fué la fatalidad, quizá

peor, pero sólo esto. Fatalidad que nosotros mismos buscamos, talvez porque el destino que nos acercó la contenía. Éramos seres llamados al dolor y esa es nuestra superioridad. Por esto es que nada ha podido ni podrá vencer un cariño que venía y estaba más allá de la vida. La estrella del horóscopo era Canopus: la tuya, que es de reina. Las de ambos los gemelos bajo cuyo signo nací Pero qué importan las estrellas si tú eres la mejor? La llamita perpetua y fragante que yo encendí desde las sombras antes de verla? Porque, ahora has de saber que viniste á mi llamado. Por esto coincidimos siempre, y en nosotros no es más que un error material la separación. Somos uno. Una sola esencia. Una sola chispa inmortal. Ya comprenderás un día que tu alejamiento actual es un error también y yo te diré por qué no puedo vencerlo. Todo esto es misterio, hondo misterio que no comprenderán jamás las viudas teosofizantes y cursilonas. ¡Guarda con ellas!

No entiendo lo que me dices de los caballeros que te saludan. Explícamelo. Es necesario. Aludirías acaso a mí? Por qué?...

Y ahora, mi amor, mi dolor, mi siempre mía sobre el cielo y el infierno, dame tus manos y tus pies amorosos para mimarte como á mi chiquita, y tu cintura de azucena y todo lo mío que me diste, y poséeme también hasta morir, en mi carne y en mi alma, derramado en tí, consumido en tí, mi ángel y mi fiera - sin diminutivo como mi propio bárbaro amor: tómame y vente toda en mí, esencia de mi vida, toma mi sangre.

Leopoldo

Amor de mi alma: No te imaginas lo que he padecido con mi propia incomunicación contigo, mi dulzura, y con pensar en tu propio sufrimiento, impaciencia, dudas, alarma, todo lo que siendo tuyo es mío por consiguiente y sufre en mí mismo, ya sin noción de tiempo ni distancia, de tal modo vives en mí y creo que sé á cada instante lo que te pasa. Tanto he sufrido con eso, que muchas veces en mi desesperación pensaba para qué me habrás querido! Sería también al verme así, tan enfermo como nunca me he visto y reflexionar todo lo que te imaginas que habré reflexionado, aunque para llegar siempre á la conclusión de que tú eres mi única vida y que sin tí ni quiero ni podría vivir, con la más absoluta y luminosa certidumbre. Mi amor, mi amor, mi supremo amor, yo fuí el nacido para quererte. Y que bien lo sé cuando más sufro por tí! Pero ya no quiero que suframos más. Sobre todo usted mi suavecita, mi tiernita, mi pichoncito de azahar, mi capullito de seda del alma. Y los médicos á preguntarme por qué no me había atendido á tiempo. Cómo había podido andar más de dos meses con temperatura y con tos, sin caer redondo. Pero yo no podía contestarles que todo fué por no dejar de oirte esas palabritas de todos los días que son mi única miel de consuelo en la vida, mi alegría en tanta sombra y perpetuo disgusto; por la ilusión de verte lo poquito que te veo, y temiendo caer porque nunca es para mí por causa leve. Y claro está que esto no es para hacer mérito contigo, sino porque estoy hablándote con el alma, y como tú eres todo, toditito para mí, todo lo mío, bueno y malo es tuyo y de tí me viene. Cómo puedes así creer en mi olvido, ó como me dices en mi desatención. Si tu imagen preciosa el recuerdo de cualquier objeto tuyo es una obsesión que ni en sueños me abandona. Si hasta me retardaba la mejoría la exaltación de aquellas nuestras horas cuando con la misma fiebre me parecía mejor que tenía bs pichoncitos bajo mis caricias, la azucena en mis labios, los piecitos adorados entre mis muslos. Y ahora mismo, mi alma, mi tormento, si vieras!... Mucho, mucho he sufrido del cuerpo y del alma, pero siempre te he querido más. En todo

momento. Hasta cuando el cáustico me devoraba la espalda hecha una llaga viva. El recuerdo de tus delicias me aliviaba. Sólo recordar todos los besos que te di la última vez, mi golondrina adorada, cuando agonizaba de amor y mi caricia la envolvía desde los piecitos de princesa. Te acuerdas mi alma?.. .

Cuando volví á oír tu voz fué tal mi emoción que se me veló la mía de nuevo, y esa noche volví á tener fiebre. Pero fiebre de tu deseo, mi dulzura. Guárdame bien la cinta dichosa que se fué contigo entre los azahares y los jazmines, y el pañuelito que me prometiste. Te adoro, te adoro á morir, mi amor, mi amor, y desearía que en este instante desfallecieras como yo bajo el exceso de tu rocío.

Leopoldo

Mi tortolita: iba á escribirte ahora, cuando oigo por teléfono tu mudo llamamiento. Desde la última que te escribí el viernes pasado, ignorando si la recibiste, proponíame hacerlo ahora, ya que no me queda otro recurso de decirte lo que quisiera á toda hora, á cada instante más bien: que te adoro y te gimo con todas las fuerzas de mi corazón despedazado. Desde entonces, mi alma, no hay en mi más que dolor. Tu dolor que me mata, pero que me es tan querido por ser tuyo. Si vieras las tardes que he pasado, casi diría contigo, tan presente estás en mí ser que es cada vez más el mismo tuyo, pero tan solas al propio tiempo, tan frías, tan amargas, tan oscuras que resultan una anticipación de la muerte. Pero el telé fono ya no sirve como en otro tiempo para llamarte; y temo que estas mismas cartas den qué pensar en casa de la amiga por su talvez excesiva [k] repetición. Así, voy á esperar que ella venga un día de estos para enviarte con ella en persona esta triste carta que no puede llevarte sino mi eterna queja. Ni que otra cosa podría ser, mi Aglaura, mi ángel, mi princesa, mi todo?... Hoy no sé, mi vida, más que llorarte. Ni quiero tampoco más porque, al fin, con padecer tu ausencia, me consuelo. Hay una pureza tan grande pero tan helada en este dolor, que me causa miedo. Por qué? No lo sé yo mismo. Será acaso la influencia de las sombras de la noche que empiezan á rodearme. Será tu presencia que acaba de estar a la vez tan próxima y tan lejana. Aunque también, así, valoro mejor todo lo que te quiero. Sé que no tengo derecho de quejarme y no lo haré Mas, á pesar de las apariencias, sólo de tí depende mi alivio. Sólo de tí, sólo, sólo de t1 Ya no existe nada en mi rededor, sino tú misma. Pero el silencio y la ausencia son horribles. Qué desolación de tarde, que angustia en ella. Por qué, por qué mi amor! Y sinembargo esta pena vale más que la vida. Mi pobre vida que ya solo me sirve para padecer -hasta cuándo? Y te adoro, te adoro siempre, eso sí, te quiero más y más, mi criaturita:

Leopoldo

Mi amor adorado: con el corazón roto por tu más injusto rigor, soy yo quien te pide perdón sin tener de qué, besándote los piecitos queridos con el mismo amor que es tu amor ahora

y en la eternidad, mi dulzura, mi vida, mi sangre, á pesar de todo.

Leopoldo

Mi dulce amor: Sabrás que nada me hizo tan feliz como tu silencio cuando hablamos, respecto de mi discurso. Eso me probó que sólo mi cariño te poseía, como yo quiero, sin literatura ni filosofía, sin complicaciones ni plácemes corteses. Qué iba á importarme el éxito que tampoco busco, por lo demás, desde que te vi. Estabas preciosa como nunca, esto es la verdad, y yo también devoraba lo que se me niega, como si lo tuviese entre mis manos. Nunca, nunca, te juro, estuviste tan linda y tan gentil. Todo el jardín cantaba para ti, perfumaba, florecía, loco de lirios que ansiaban derramarse á tus pies. No tenía, en efecto, la menor idea de tu presencia, y sin embargo, ya viste. Ahora habrás creído en la verdad de mis mensajes, en la eternidad de Aglaura, en la comunicación por la estrella. Ese es nuestro misterio en la perpetuidad de la luz invencible. Mas, por lo mismo, adorada de mi alma, no lo turbes con ningún pensamiento inferior, con ningún agravio, aunque sea más infantil que rencoroso. No es un ruego, sino una advertencia para la luz, tu luz con que me iluminas. Nada quiero que pueda empañar el dominio de tu belleza. Yo sé mejor que tú lo que vales, y nadie tampoco puede saberlo sino yo. El mundo, mi mundo, está bajo tus pies, mi ángel, mi princesa, mi amada inmortal. Y otro pedido: no me condenes al tormento del deseo. Sería malo. Puede ser malo. Necesito tus caricias para no caer del todo en la sombra. El infierno es tu ausencia. No me hundas en él. Te lo suplico, te lo imploro con toda la desesperación de mi alma. Ven! La pantera amenaza romper su nudo. Aunque ahogo mis recuerdos con energía feroz, esto es cuestión de vida ó muerte. Entiéndeme mi vida. No quiero forzarte á nada, pero la fatalidad se impone y me arrastra. Y tú eres también la fatalidad, porque eres la pasión y la belleza. No se puede volver de la muerte como tú volviste, sin que esto tenga consecuencias irreparables. Violentarlo ahora es provocar al destino. Nada, tampoco, se remedia con ello. La fuerza superior que tú has sentido en tí misma, no retrocede nunca. Pero puede matar Matar el alma que es la verdadera muerte. No te llamo con ninguna hipocresía. Te habla en mí todo el hombre. El que tú llamas "divino" y el que fué en tu boca, que lo dijo así, lo que entonces dijiste agonizante y enajenada. Bajo aquel rayo de sol que doraba la melena de mi leoncita. Cuando te devoraba en mis brazos el ansia de la posesión integral en el sumo delirio en que beber es beberse bebida con un beso á la vez único y doble que sorbe las entrañas como la llama cuya vida es arder, encendida y consumida en su propio fuego. Así te quiero, así fuiste mía, así eres mía, y serás mía hasta la muerte que me diste y que te di. "¡Me muero, mi alma! ¡Toma mi sangre!" ¿Te acuerdas? "¡Qué delicia! ¡Estoy toda en tu caricia mi divino! ¡Estoy agonizando!" ¿No gemía así la tórtola rendida, los pichoncitos de amor, mientras la azucena se desbordaba en rocío? Tú rocío! Tú perla!

Ya está pronto el ramo que me encargaste con las flores de tu nombre y con la gracia de tus siete jardines: el gozo de tus manos, el gozo de tus pies, el gozo de tus rodillas, el gozo supremo de la divina peregrinación. Ven tú por él. Te espero, mi vida. Ven como el otro día cuando te ví, ya que eso no era para mí sino para la coquetería de sentirte preciosa. Esta vez no

quiero cartas ni recuerdos. Oye el grito de mi amor, de mi dolor, de mi agonía, de mi esperanza. Tú sola, mi único bien. Tú sola, tú sola!

Leopoldo - Otbre. 24

Mi Aglaura adorada: Tu carta descriptiva de la blusita de linón y del sombrerito á la golondrina, me ha hecho mucho bien y mas mucho mal. (En Córdoba dicen así: "más mucho".) He pasado una hora torturada y extenuante contemplando y acariciando el rayo de sol que inflamaba tu melenita. Lo único que me queda. Y después, en el otro extremo, el sitio de tus piecitos adorados. Fué terrible; y si no he de verte, mejor es que no me escribas así. Pero siquiera tuve conmigo en la ilusión que me martiriza, tu suavidad, tu aroma, tu sabor, tu tibieza, tu arrullo agonizante, tu estremecimiento de flor abierta, tus palabras de pasión. Y te puse las pulseras, las ajorcas, el cinturón, el collar, el cetro del lirio en tus manos y te besé los dedos uno por uno, y soñé la perla que de tu amor brotaba. ¿Para quién, entonces, han de ser los versos que me arranco del corazón? ¿ Y quién sino tú va á ser mi Aglaura inmortal? No he puesto el nombre luminoso en ninguna parte, porque nada he escrito que firmase, como cuando tú recuerdas, ni soy devoto de Atena, la diosa dura y fría. Pero tampoco hay nada más triste, por no decir más necio, que la llama ardiente y la luz de las lámparas inútiles. No sirven más que para las tumbas, lo mismo, mi amor, que las ánforas vacías. Ni tú ni yo somos de esa mística infeliz en que se marchita la vida estéril. ¿A qué, entonces, continuar como los budas de pellejo helado y áspero? Llamita viva y dulcísima de mi amor, el sándalo se hizo para perfumar quemándose. No te dije en vano que quiero verte, adorarte, estrecharte, matarte de amor, devorarte viva; viva, como cuando agonizabas en mis brazos. Todo lo demás es indigno de nuestro amor. Es negación de vida inútil. No se puede continuar padeciendo así. Esto no es amenaza. Es un hecho. Hay un extremo de tensión que corta las cuerdas y las vidas. El heroísmo de amor puede exigir sangre, pero no ceniza. La inmortalidad de Aglaura no es una perpetuación de mármol. Tú misma lo dices. Amor, mi único amor, tráeme tu primavera. El sándalo sin la llama que lo verifica quemándolo, no es más que un leño estéril. Quiero poner en tus manos el lirio de pasión y beber el néctar de la azucena. Pobres pichoncitos solitarios y tristes: ¿para quién los guardas? Y las dulzuras embriagadoras de la peregrinación?

Beso que cálido y blando
Te invade así poco á poco,
Y el tobillo contorneando
Crispa al piesecillo loco...

Siete jardines de amor hay en tí, que te revelarán mis besos. Y te contaré en versos mejores la historia de Leda y el Cisne, y la Dánae y la lluvia de Oro con que el dios la empapó y la incendió, inmortalizándola con su caricia. Pero esto no se lee á solas, sino ceñidos por el nudo que aprieta hasta la efusión de la vida en sangre, leche y miel, rocío y néctar. Te espero. Ven.

En otra te contestaré lo que me dices y me preguntas. O mejor, te lo diré yo mismo. Comprende, mi dulzura. Me muero y quiero darte mi sangre, Ven. Ven.

Leopoldo

Julio 14

Tu carta llegó bien. Nada temas.

Mi amor, mi eterno, mi único amor: No me resigno á entregar á nadie los versos que tengo para tí como tú me lo pediste. Me parecería una despedida para la eternidad. No puedo dártelos sino á tí, en tu mano querida, y no me atrevo á pedirte que así sea. Te adoro como nunca. Más que nunca. Mi alma! Mi vida!

Leopoldo

Mi eterno amor: Empiezo por desvanecer una ocurrencia tuya completamente ilusoria. No pienso irme á ninguna parte ahora ni después, ni alejarme de la tierra que continúa siendo para mí, mientras tú la habites, la Patria del Perfecto Amor. Ni siquiera he pensado en eso. En cambio, yo te envío también mensajes á nuestra hora, y como son de eternidad, bajo el rayo de la misma estrella -Canopus- que es la tuya. Llamé dos veces á tu casa, desde el Círculo. Las dos me respondió una voz que no conocí. Renuncié a hacerlo entonces, porque ello me apena lo que supondrás, y una de esas veces, fué la que tú dices. En cuanto a tí, puedes hacerlo allá o á la B., dando respectivamente el nombre de Arévalo ó de S. que nadie conoce con su verdadero sentido. No repito mis cartas, hasta no obtener respuesta, para evitar inconvenientes; pues ahora más que antes, me abren la correspondencia, y dados los enemigos, tan faltos de escrúpulos, es de imaginar lo que pasaría si se enteraran. Son gente que ante nada escandaloso retrocedería. El mismo retardo con llegar algunas tuyas impone esa precaución. Figúrate que esta última recién hoy 13 la recibo, sin que esto pueda atribuirse á detención acá, porque ví llegar el correo. No tiene sin embargo, señas de violación. Por otra parte, siempre desconfié un poco del danés, aunque fué correcto. No ha vuelto más por aquí

Es malo pronunciar y peor aún escribir palabras irreparables, como las que me dicen que no vendrás ya nunca. Cuando se ignora el destino, que ni los dioses penetran la fórmula de la sabiduría es: quién sabe! ... Mañana es siempre sinónimo de esperanza, hasta después del trance supremo. ¿No fué á través de los siglos como nos hallamos de nuevo? Pero padecimos otra vez el engaño de la serpiente y la luz de Aglaura no pudo vencer su oscuro poderío. Las dantescas palabras de verdad: "amor que obliga á amar al que es amado", se cumplieron, más no lograron redimirnos del Purgatorio. Y en él estamos, mi amor, hasta que nos llegue, que nos llegará, el encanto de la vida eterna. Hasta que tú me redimas, pues el condenado soy yo, en el esplendor de las beatrices. Este es el misterio del Grial de los Caballeros, que tuvimos en las manos, pero que dejamos volcar, dominados por la sed de la serpiente y el hambre de la pantera. Si algún día escribo la interpretación de Beatriz verás mejor todo esto que es también tuyo, y también más tuyo que mío; y si lo que dijese yo, no pudiera publicarse por ser demasiado peligroso como

doctrina -según se ha mantenido oculto hasta hoy- tu recibirás el secreto de mis palabras. Hay un mundo en el símbolo del lirio y en el vulgar emblema de la flecha amorosa que atraviesa el corazón. Y tú fuiste dentro de él una condenada de la belleza. Es todo lo que puedo decirte; y si lo hago, es para que esta sea de las cartas que se puede guardar sin sobresalto y sin angustia. No tentemos a la fatalidad. Si la muerte fuera un desenlace, habría sido preferible morir.

Mis referencias anteriores fueron á tus anagramas. Camelia y Lila figuraron ya en mis besos y en mis versos; mas, veo que las deshojaron en el olvido tus adorados pies. No me sorprende ni me resiente. El símbolo del amor gozado es, precisamente, la copa del olvido. Y la orden de la princesa se cumplirá. Cantaré sus flores. Pero, á éstas, sí, no se las daré sino á ella misma. También tengo yo derecho á mi pequeña intriga y la efectuaré. Ángel quiere decir mensajero de amor y tú me debes tu mensaje. Imagínate lo que contengo con estas palabras. Te diré solamente que de ahí han salido ya la Leda y la Dánae. Tuyas son, pero únicamente para besadas por leídas. Y ahora, dame tus manos, dame tus pies triunfantes sobre mi agonía. Tengo tantos lirios para deshojarles al rayo de sol que en mi ilusión te corporifica. Yo seré tu ola, mi amor, para derramarme en perlas sobre tí cuando te arrebate. Te adoro, te adoro a morir, mi tortolita gimiente; te quiero como tú me quieres, con toda mi alma enferma, con toda mi agonía, con toda mi sed, con todo mi corazón, con toda mi sangre.

Leopoldo. 13 Octubre ¿1932 ó 33?[3]

Mi amor adorado: No quería escribirte bajo el signo infausto del adiós eterno que has decidido mantener, aunque el acatamiento de tu voluntades lo único que puede ante tí mi cariño materialmente truncado por una asechanza del destino. Aquello fué una opción fatal entre dos muertes, ya que la mía habría ocasionado la otra, es decir la de nuestro amor, sin dejar siquiera la posibilidad del mísero consuelo que tú misma me pides, y que aun siendo tan doloroso, algo vale puesto que es para tí. Mi cieguita adorada, para emplear tu misma ocurrencia delicada y dulce como todas las tuyas, has de saber que mis ojos ya no existen. Salió verdad, terrible verdad, aquella broma de guardarlos atados; y todo eso, como las carditas que recuerdas, es tan indiferente para mí como cualquier resíduo inútil de algo que tuvo alma y la perdió para siempre. Eso valía por tí, porque era tuyo, y tú ya no estás. Tu reino es como el de la estrella inaccesible y presente: un estado de adoración más allá del tiempo y de la vida. Tal es el sentido de los sonetos que te mandé y que te compuse una de nuestras tardes**,** sin atreverme á tocar siquiera los recuerdos de tu cariño, tan dolorosa era mi soledad y tan espantosa la inquietud de lo que en mí te gritaba con los labios pegados al sitio donde tantas veces los puse sobre tus piés queridos. El deseo purificado en aquel fuego celestial del cual eras la llamita eucarística, digo eso, que era bello, porque expresaba lo más santo que tengo de tí, y es el dolor de quererte sin esperanza. Fumo, por no hacer algo peor, que no debo, porque han vuelto para mí los tiempos de guerra en mi acostumbrada soledad ante la canalla que surge de todos lados, insolente como la traición que se cree impune y decidida esta vez al aplastamiento definitivo. Veremos. Veremos, porque me batiré hasta el fin, transformando el dolor, déjame que diga nuestro dolor, en virtud heroica. Por

[3] Agregado con letra y tinta diferentes.

eso te hice decir que no me escribieras. Ha renacido el espionaje de los días anteriores á la revolución, pero con la desventaja de que ya no tengo para anularlo las personas fieles de entonces. Yo mismo las separé de mi cercanía, consiguiéndoles ascensos que los han llevado a otra parte, y que merecían en premio á esa misma fidelidad. Ahora estoy solo, odiado y sospechado, enteramente solo con mi corazón. No veas en esto una insinuación ni una súplica. Tu voluntad se hará. Contengo hasta las expresiones desesperadas de aquella agonía de amor que tú misma recordaste el otro día. Eso queda para mí solo. Es el tesoro de mi angustia. Besos sobre una tumba donde un día encendimos en rosas delirantes de pasión nuestras delicias que envidiaban los ángeles. Vida de mi alma, mi dulzura, mi tórtola de seda, mi azucena, mi todo: la única dicha eres tú. No había vuelto á hacer un verso hasta que tú, como siempre, me diste el tema y la música con tu carta. Ya lo habrás advertido.

Tus cartas son de una belleza tan noble y pura en su sobrehumana generosidad, que me alegro de que las firmes con tu nombre divino, el tuyo verdadero, el que yo te di, para que un día de los tiempos queden incorporadas, que han de quedar, al dolor y á la poesía. Y así sabrán los hombres y se explicarán bien, por qué fué que te quise tanto. Te escribo ya como del otro lado de la vida, allá de donde vinimos á amar y padecer uno en el otro. Por esto es que yo tampoco quiero nada de acá, como no fuera verte, aunque fuese de lejos, como á una desconocida que pasa. Como tú lo querrías tal vez, si tuviera derecho yo a pretender esta limosna de dicha. El único, el último sacrificio que puedo hacerte ya, es renunciar á esto también, si tú lo quieres.

Y ahora soy yo el que desconfía de sus palabras. Sé que no te digo nada de lo que en realidad querría decirte. Sería tan poco y tan mucho, que casi todo se reduciría á silencio. ¿Acaso lo mejor de nuestras bocas unidas, no fué un dulcísimo callar? ¿Para qué más versos? Te dije una vez en aquel silencio delicioso de las almas. Aglaura, mi adorada, cierra los ojos un instante, y recuerda. Esto es lo más hermoso que tendrás de mí, si me queda algo así que no sea tuyo.

Hay que concluir esta carta que, como ves, habría retenido excesivamente á la buena conductora. Me siento tan desolado al hacerlo, como si hubiese puesto en ella todas mis lágrimas. Déjame que siga llorándote en la soledad de mi dolor; y si he de seguir condenado á ella, deja que al menos siga floreciendo la ilusión en el seno del silencio piadoso. Qué podría incomodarte un beso de aquellos, mi eterno amor, en tus pies adorados. Dámelos como entonces, que no te pediré más, nada más, mi Aglaura, mi diamela, mi ternura!

Leopoldo

Chiquita querida: tu llamamiento mudo, bajo el seudónimo convenido con la amiga, me llenó de angustia y de alegría dolorosa. No quise hablar yo tampoco, porque la comunicación no era segura, pero estoy cierto de que, de corazón á corazón hubo lo que tú quisiste. Ah, si no me hubiera propuesto callar ciertas cosas qué no te diría esta tarde! Te quiero, te quiero d morir, mi amor, mi único amor, y veo tu cabecita querida, dorada por aquel rayo de sol que acariciaba nuestra dicha.

Jueves 13 -

Mi Aglaura adorada: No, mi alma, mi vida, mi dulzura, no hay más que una Aglaura única y eterna en la vida y en la muerte. No, mi chiquita adoradita, mi tesorito, mi hijita, mi ternura, no tienes razón en ninguna de tus suposiciones. Amor querido, todo ha sido causa de mi absoluta inmovilidad y de mi explicable impaciencia. Mi encanto, mi tórtola de seda, te quiero mucho, mucho más ahora. Pero óyeme: figúrate que el sábado último que te hablé desde el Museo, lo hice ya casi arrastrándome, nada más que para eso, con el dedo roto en tres partes aunque yo mismo no lo sabía. Y la inflamación que tomé con eso impidió diagnosticar y creímos que era simple desconcertadura. Después seguí levantándome á la menor ocasión para ver si te hablaba, y esto me ponía peor, hasta que me inmovilizaron con yeso. Cerca de veinte días, mi dulzura. No me guarde resentimiento que fué por hablarla. Bueno, los médicos, viendo mi impaciencia, han estado engañándome para que me sosegara, con que saldría dentro de una semana, ó cuatro días, ú otros cuatro. Y así.. .

Y después con la casa siempre llena: que la mucama, que la enfermera, que mis dos sobrinas, que mis sobrinos, que los médicos, todos amigos y parientes que se quedaban horas. Y los otros amigos, y Morás con las cosas de la Biblioteca... Hasta el teléfono se descompuso dos veces y la central de Plaza no es segura. Nos odian á los de La Nación. Para qué voy á decirte lo que he sufrido! Pero no importa. Todo lo vencerá nuestro amor. Todo, todo, mi princesa!!

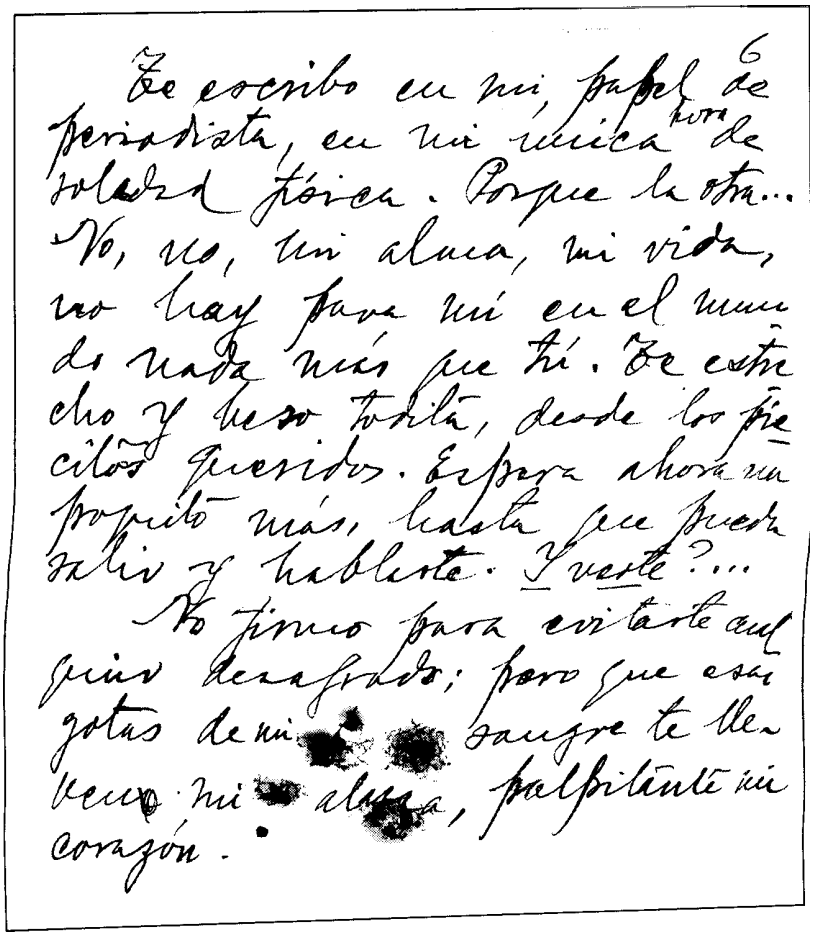
El 1 ° de éste fuí á la Biblioteca arrastrándome con una bota ortopédica que me pusieron para el caso. Una cosa incómoda y triste. No he vuelto. Pedí licencia que vence el lunes. Quizá ese día ya salga. En todo caso ya falta poquito. Ese mismo día quise hablarte desde las 11 hasta las 4 de la tarde. No tuve suerte. Volví peor de alma y cuerpo. Otra vez á la inmovilidad. He tenido el dedo pulgar roto en tres partes: la cápsula con su tendón arrancado; el hueso metatarsiano quebrado y una falanje rota. Y todo más descompuesto por mis caminatas. Ahora ya soldé, pero el dedo está rígido y hay que ablandarlo con masajes. Es lo que falta. Recién puedo volver al escritorio sin enfermeros profesionales y comedidos. Para peor, tu carta que debí recibir el martes, la recibíayer tarde. Ahí va la mía en ese libro de belleza que compré en Londres hace muchos años y que te dedico porque ahí está Beatriz. No supongas nada malo de mí. Soy el mismo, tuyo, tuyito, hasta la muerte, mi dulzura! Nunca me escribiste carta más hermosa, con toda tu alma angelical en ella, pero tan desgarradora para mí que no me atrevo á leerla de nuevo. Escribo con mi corazón, á torrentes, sin cuidarme de nada, más que de abandonarme á tus manos queridas y d tus ojos adorados. .

(...) Te escribo en mi papel de periodista, en mi única hora de soledadfísica. Porque la otra... No, no, mi alma, mi vida, no hay para mí en el mundo nada más que tú. Te estrecho y beso todita, desde los piecitos queridos. Espera ahora un poquito más, hasta que pueda salir y hablarte. Y verte?...

No firmo para evitarte cualquier desagrado; pero que esas gotas de mi sangre te lleven mi alma, palpitante mi corazón.

Mi tortolita: He pensado más que nunca en tí estos días que permanezco sin noticias tuyas, y todavía bajo el injusto reproche de aquella comunicación que yo no corté, sino que debió

ser cortada, talvez aquí mismo, pues á pesar de las apariencias la telefonista de antes ya no es la Jefa de la Oficina del Consejo. Recibiste los tres sobres que te envié el otro día por conducto amistoso? Respóndeme esto sólo que nada más te digo. Continúo enfermo del alma, mucho mi amor, y más bien diría de ti si tú pudieras ser algo malo como esto que me martiriza a morir. Y porque á pesar de todo, tú eres mi dulce soledad, mi única pena, mi muerte querida, la flor de mi angustia. ¿No parece que así estuviera rezándote la oración de mi amor? ¿Debo seguir con ella eternamente solo? No son preguntas, golondrina de mi primavera. Son quejidos de ausencia: Recíbelos así. Qué más puedo mandarte, sino espinas y hojas secas de mi jardín desierto. Mi jardín! He rehecho en él, con la mente, lo que tú llamabas la peregrinación. Paso á paso, caricia á caricia, extravío á extravío. Y para no estrangularme con aquel nudo de dolor que era delicioso porque tú lo desatabas, resisto al deseo de escribírtelo como ya lo está en aquellos versos locos que deshojaron más de una vez tus piecitos de princesa. He oído arrullar los pichoncitos en su nido de amor y me he tardado en el sendero de los lirios. Allá donde el cetro imperaba en el jardín y la azucena desbordaba de rocío. La tórtola agonizaba y el panal se derretía en miel. Y el capullo de la flor se derramaba en perfume. Pero después quedaba sola entre las espinas de la soledad la pantera rugiente, con su sed mortal que era la de tu sangre. Mordía la hojarasca en su delirio estéril. Sangraba ella también, pero sola, con su nudo tremendo. El nudo que es mi reliquia dolorosa y terrible. Te acuerdas, mi dulzura? Cuando tú vengas -déjame la ilusión de creerlo un instante-, sabrás que no lo desaté. La fuente, seca desde entonces, te entregará el oro de sus arenas. El torrente de oro que no pueden recoger sino tus manos. Y así como entonces te desbordará de ellas y será tus pulseras, tu collar, tus ajorcas, tu regalo de leoncita extraviada de amor desde la garganta adorada hasta el desfallecimiento de los pies deliciosos. Te acuerdas aquella tarde lluviosa cuando yo te los enjugué con mis manos y te los entibié con mis besos? Has repetido como yo en las noches -tantas! las palabras de tu delirio? Ahora mismo estoy diciéndomelas, las más abandonadas, las más íntimas, que eran también las más dulces. Pero ellas son el tesoro de nuestro silencio. Aquel silencio lleno de arrullos que sobrevenía "después de la tempestad". Y me contentaría con tan poquito! Con verme inclinado de rodillas, besándote los piés. Los amiñitos mimados que solía manchar el desborde de la delicia. La delicia, perla que yo encontré en tu tesoro por tí misma ignorado. Cuando la tórtola abatida agonizaba gimiendo. Si no rompes esta carta absurda, guárdamela como tú sabes aunque haya de verla, y posea en ella lo que es tuyo con el dominio de la princesa que yo te imploraba como la suprema dicha. Un día mi alma, cuando así sea, yo te la firmaré como el rey de nuestro secreto. El rey que tú me hiciste con tu favor, cuando me diste que bebiera del ánfora. Aquellos días de tu llegada, cuando con tanta impaciencia te esperaba á la puerta. Aglaura, mi cariño, tan cercana entonces, tan distante ahora, para siempre. Será posible? Será posible cuando todo en mí te grita el amor, el delirio, bajo aquel mismo rayo de sol en que me consumías hasta morir, mi locura, mi asesina adorada, mi ansia de la vida, mi sed de besos, mi hambre de tu boca.



Te escribo en mi papel de periodista, en mi única hora de soledad física. Porque la otra... No, no, mi alma, mi vida, no hay para mí en el mundo nada más que tú. Te estrecho y beso toda, desde los pies citos queridos. Espera ahora un poquito más, hasta que pueda salir y hablarte. Y verte?...

No firmo para evitarte cualquier desagrado; pero que esas gotas de mi sangre te lleven mi alma, palpitante mi corazón.

No contento Lugones con enviar su semen, envía a su amada su propia sangre.